



Desacatos

ISSN: 1607-050X

desacato@ciesas.edu.mx

Centro de Investigaciones y Estudios

Superiores en Antropología Social

México

Ponce, Patricia

Masculinidades diversas

Desacatos, núm. 16, otoño-invierno, 2004, pp. 7-9

Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=13901601>

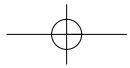
- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

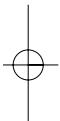
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



PRESENTACIÓN

Masculinidades diversas

Patricia Ponce

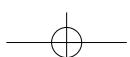


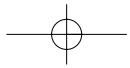
La incorporación del concepto de género —como categoría de análisis que nos permite entender significativamente las relaciones de poder entre mujeres y hombres, su carácter de construcciones socioculturales que permean todos los procesos sociales pero que, al mismo tiempo, son relaciones dinámicas susceptibles de ser renegociadas y transformadas— al análisis de la realidad social ha planteado nuevas críticas e interrogantes a los científicos sociales y los ha obligado a revalorar los paradigmas teóricos-metodológicos.

Los estudios de género han logrado perspectivas importantes al desarrollar y consolidar nuevos enfoques. Uno de sus grandes logros ha sido el cuestionar la idea de los atributos y roles universales compartidos por las mujeres inmersas en la sociedad, así como la unicidad de la identidad de género destacando la diversidad de las condiciones y vivencias femeninas. También han profundizado en el análisis de las subjetividades, las percepciones y valoraciones de las propias mujeres como autoras y actoras del proceso histórico y han aportado elementos para la discusión sobre la sexualidad, la salud reproductiva, la democracia, la violencia y las relaciones en el interior de los diferentes tipos de familias.

Una vez cuestionada la condición de las “mujeres”, problematizar sobre la construcción de las masculinidades era sólo cuestión de tiempo. La perspectiva de género —que posee como trasfondo al movimiento feminista— al insistir en la importancia del rescate de las experiencias masculinas para el análisis y la comprensión de las complejas relaciones existentes entre los sexos contribuyó, en los últimos años, al desarrollo de los estudios sobre los “hombres”.

No obstante, éstos siguen siendo incipientes, de poco interés en el ámbito antropológico y “muy viriles”. Por ello, hoy *Desacatos* posibilita un acercamiento a este tema sin pretender abarcar todos los aspectos, la problemática y la polémica existente en el ámbito académico, sólo intentamos ofrecer otras miradas que se caracterizan por la voluntad de investigar, de reflexionar, y confrontar, a pesar de lo incómodo que resulta.





Para varios autores (Seidler, 2000; Kaufman y Horowitz, 1989 y Núñez, 1994, entre otros) la construcción de “la masculinidad” es un proceso complejo en el cual se combinan el poder, el dolor y el gozo en el marco no sólo de la socialización, la exigencia social y los estereotipos dominantes sobre “la masculinidad”, sino también de la propia construcción de las subjetividades acordes con las representaciones hegemónicas de lo que implica ser varón, es decir, “hombre de verdad”, “hombre con letras mayúsculas”.

En una sociedad en donde se menosprecian los atributos “femeninos” y se enaltecen los “masculinos” es necesario que los “hombres”, para ser reconocidos y valorizados, demuestren de manera permanente, incluso obsesiva, que, en contraposición con las mujeres, son racionales, agresivos, valientes, activos, fuertes, atrevidos, aguantadores, independientes; pero sobre todo, tienen que demostrar control sobre sus emociones y afectos, lo que supuestamente les permite protegerse y ejercer dominio sobre las “mujeres”.

Esas características, socialmente valorizadas y que definen “lo masculino”, repercuten en sus prácticas sexuales —que de principio son vistas como un ejercicio de poder (sobre las “mujeres” y otros “hombres”)— a través de las cuales deben mostrar y afirmar, para sí mismos y para los demás, su virilidad, su capacidad de penetración, dominio y control. Al mismo tiempo, la sexualidad masculina es vivida de manera contradictoria, confusa y tensa. La genitalidad y la heterosexualidad son consideradas como norma, lo que en muchas ocasiones genera actitudes homofóbicas (al descartar y descalificar) que resultan del temor que provoca la posibilidad de un encuentro amoroso y/o erótico con personas de su mismo sexo (Núñez, 1994; Kimel, 1992 y Seidler, 2000).

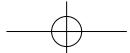
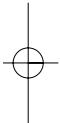
Ahora bien, cuando hablamos de “hombres”, ¿de qué “hombres” estamos hablando?

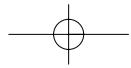
Los “varones”, al igual que las mujeres, son socializados bajo concepciones de género, pero no podemos perder de vista que el proceso de socialización no es uniforme ni coherente; tampoco es únicamente una imposición de la normatividad que los seres humanos —sin importar su sexo— asumen de manera pasiva y homogénea. Lo “masculino”, la “hombría”, no es un hecho dado, sino una ficción cultural —nos dice Guillermo Núñez Noriega—, un producto de la negociación, la lucha y las acciones humanas. Si para la tradición antropológica la “hombría” es destino, para la nueva corriente constructivista pasa a ser una construcción sociohistórica, susceptible de ser transformada (Weeks, 1998).

El conjunto de leyes, discursos y prácticas son la fuente más importante que alimenta la construcción de nuestras subjetividades, pero afortunadamente, al mismo tiempo, los individuos tienen capacidad de elegir, aunque a veces dentro de marcos opresivos, frente a un amplio abanico de posibilidades, así como de resistir y luchar para transformar el sistema sexo/género dominante. Es decir, a pesar de la socialización los significados del ser hombre tienen un carácter heterogéneo, inestable y disputado, si a ello le agregamos que no todos fueron educados en las ideologías del género dominante entenderemos el por qué algunos pueden percibir los elementos contradictorios de la identidad masculina.

La antropología y el feminismo constructivista nos permiten reflexionar que no hay una sola manera de ser hombre, una manera “natural”. En todo caso, “lo natural” sería hablar de diversidad, de la existencia de una multiplicidad y pluralidad de expresiones masculinas. Parafraseando a Núñez Noriega, ser hombre es un concepto por medio del cual se interviene en la realidad social para diferenciar a partir de determinados criterios y un sistema de significación. “Hombre no es una esencia, ni un significante con significado transparente, sino una manera de entender algo, una manera de construir la realidad, una serie de significados atribuidos y definidos socialmente en el marco de una red de significaciones.”

En este sentido, tal vez valga la pena que las y los interesados en los estudios de las masculinidades hagamos nuestros los planteamientos de quienes manifiestan que lo importante no es encontrar “la verdad trascendental” sino formas de tratar con “una multiplicidad de verdades”, descartando la “moralidad basada en valores absolutos”, reconociendo la necesidad de una “ética moderna” en donde la diversidad sea la norma de nuestra cul-





tura y un espacio para repensar el género, la sexualidad y las identidades (Butler, 2001; Foucault, 1993; Weeks, 1998; Núñez Noriega, 1994).

Y aquí el trabajo antropológico es imprescindible. La etnografía es un camino espléndido que nos permite acercarnos y registrar la infinita y variada combinación de expresiones personales que se manifiestan en la compleja red de relaciones sociales, todas ellas cruzadas por los factores subjetivos de quienes se ven inmersos en la investigación; ello nos impide hacer generalizaciones, caer en sitios comunes y nos posibilita una mirada introspectiva.

Tal vez hoy ser “hombres de verdad” —con letras mayúsculas— signifique asumirse como seres humanos integrales, diversos; usar la fuerza física, intelectual y el poder para liberarse a sí mismos; luchar por la conquista de la felicidad y el placer y, sobre todo, explorar críticamente su potencial para experimentar todo aquello que nuestra tradición judeocristiana, cultural e intelectual les ha impedido reconocer: la sinrazón masculina.

Bibliografía

- Butler, Judith, 2001, *El género en disputa. Feminismo y la subversión de la identidad*, Paidós-PUEG-UNAM, México.
 Foucault, Michel, 1993, *História da sexuaidade. A vontade de saber*, vol. 1, Grall, Río de Janeiro.
 Kimer, M., 1992, “La producción teórica sobre la masculinidad: nuevos aportes”, *Ediciones de las mujeres*, núm. 17, Santiago de Chile, pp. 129-138.
 Kaufman y Horowitz, 1989, “Sexualidad masculina. Hacia una teoría de liberación”, en Kaufman, *Hombres: placer, poder y cambio*, CIDAF, República Dominicana.
 Núñez Noriega, Guillermo, 1994, *Sexo entre varones. Poder y resistencia en el campo sexual*, El Colegio de Sonora-PUEG-UNAM, México.
 Seidler, Victor, 2000, *La sinrazón masculina*, Paidós-PUEG-UNAM, México.
 Weeks, Jeffrey, 1998, *Sexualidad*, Paidós-PUEG-UNAM, México.